

JUAN GODOY

Por
NICOMEDES GUZMAN



Juan Godoy

que le asigna contornos de novela que, sin alcanzar a ser propiamente novela, concentra alientos de viriles vibraciones patrias.

Realmente, obedeciendo Godoy a un instinto de síntesis literaria, concatena en su obra una serie apretada de relatos y narraciones criollas que hacen de él más un cuentista que un novelista. Material profundo el que modela su talento, no logra, sin embargo, la intimidad de conjunto que permita hablar de él como un novelista. Dejando de lado, no obstante, las inclinaciones "angurrientistas" que se ha asignado — las que deben valer como sentimiento de chilenidad — y no admitiendo en él a un novelador propiamente, pero sí respetando en Juan Godoy a un certero escritor de la realidad chilena, prima la justicia de valorizarlo entre los prosistas que últimamente han estado entregando una más fiel visión de la desorientación en que se desenvuelve el espíritu popular. No es su pretendida novela un trasunto de vida proletaria propiamente. Es un reflejo de aquel mundo vacilante y dolorido en que se debate Chile en sus estratos más míseros. Viviendo bajo el estímulo del cauceo y del vino barato, o lo que es lo mismo, del agua vinosa o arreglada. Es aquí donde Godoy ha creído sorprender al pueblo chileno. Sin embargo, si nuestro pueblo existe, vive, lucha y palpita, es desde luego más allá del trance que su novelística capta. Su labor, tomada en un sentido de crítica, sería loable. Pero hay una pasión de gozo en su interpretación realista. Pasión que se manifiesta en su actitud expresiva, que artísticamente es posible que no merezca reparos. Su estilo es estilo de esfuerzo, es trasunto de un espíritu que quiere decir la vida de una manera original, aunque sea retorcidamente.

Pero hemos dicho que el pueblo que nos presenta Juan Godoy no es el que deseáramos encontrar en su palabra. Real, en efecto, como desecho humano, el elemento hombre de Godoy se falsea a cada instante si llegamos a su diálogo y a su manera de expresión.

Es risible, en verdad, encontrarse con un libro en que un hombre del pueblo — un sepulturero — hable en esta forma: "El roto joven tiene origen campesino; pero es un producto de selección. No es un hombre de cerco. ¡Ah, señores, cuando el roto empuje al huaso a sus desig-

nios! ¿Ha pensado Ud. que esto de las animitas marca el origen de la sociedad patriarcal? Esto del culto a los muertos nos viene por lo céptico que hay en la raza española. Y de los araucanos que también veneraban a sus antepasados. Nosotros, a los bandidos y a los escritores, a los que se aventuran solos por los caminos".

Sentimentalmente, en un sentido sencillo, acaso esto esté bien. ¿Pero es que el pueblo habla así? No. De verdad, el diálogo es una cosa grave en la novela. Y si hay un reproche que hacerle a Juan Godoy, es el de estar presente intelectualmente en su "Angurrientos". Es inevitable que un escritor se mantenga ajeno a la reacción y a las manifestaciones de sus personajes. Pero el arte justamente está determinado por la manera cómo estas reacciones y estas manifestaciones se prodigan en tales personajes, de acuerdo con sus condiciones sociales o culturales. Si un personaje de novela habla cultamente, el animador de tal personaje, o sea el novelista, tiene la

obligación de justificarlo, de uno o de otro modo, de tal manera que el tipo no aparezca desambientado o falseado. Porque a cualquier lector le parecerá extraño oír hablar a un roto que se apoda el "Patás de Quillay" en la siguiente forma: "... no aprendis aún la belleza de la obra colectiva, creada por las fuerzas de muchos trabajadores. Todos dejan en ella una porción de sí mismos. Y la obra a todos les pertenece". U oír a Chano lo siguiente: "La palabra de ripio o de tierra describe la más graciosa curva. Con el impulso, las piedras, la arena, la tierra, el ripio, el material que trabaje, salido disperso de la pala, se reúne en un punto en el aire, en redonda cabellera, para caer en la misma crestita del montón". O a Horacio, otro roto jornalero, que explica a sus camaradas: "¡No tenemos raíces, no tenemos raíces! Los españoles sembraron en cenizas de exterminio los gérmenes de su cultura, afro-europea. ¡Somos instintos, poderosos instintos sabios, que rompen sus cadenas! Los imperialismos europeos nos impusieron su cultura, y son engañosas cadenas de plata con que las culturas extranjeras nos entregan a esclavitud y servidumbre, a dependencia espiritual con lazos de seda. ¡Somos una gran olla de bárbaros, indígenas, negros, rotos! ¡Prefiramos lo incierto de nuestra propia vida a lo cierto de vidas extrañas, porque esa certeza es, para nosotros, sumisión y esclavitud! Yo, tú, él, vosotros, ya arralgamos en nuestro propio barro cósmico. Nuestros instintos crean cauces profundos con su impulso en la tesitura de nuestra alma, en los cerebros lúcidos y despiertos de nuestro gran pueblo".

Podemos ir a las páginas de Aldous Huxley y no nos encontraremos con tan claros filósofos. ¡No, realmente, no es intelectualmente como vamos a interpretar a nuestro pueblo o a nuestras bajas esferas sociales! Nuestro pueblo es más que nada sentimiento. Y es de su sentimiento de donde saldrá la verdadera novela popular. Tenemos ya un caso: "Hijuna...", de Carlos Sepúlveda Levton.

Juan Godoy, demostrando aciertos magníficos de interpretación popular en cuanto a condición de vida y realidad, habla personalmente demasiado por sus personajes, y los falsea. Hé aquí una razón para no reconocer en el autor de "Angurrientos" a un novelista. Su estilo, preciosista a ratos, pero profundamente significativo, es el que salva por hoy más que nada su presencia en nuestras letras.

Así, no es raro encontrarlo, cuando la sobriedad lo asiste, impresionándonos con aciertos de verdadero escritor: "Chile es un largo caminar por los cerros — dice Juan Tres Dedos —; más largo que la esperanza del pobre", sintetizando en cortas palabras el auténtico sentir de la humanidad nuestra. Como la interpretación del roto que nos proporciona, como una simpleza admirable, de improviso: "Los acordes de la guitarra los cogió a todos en su abandono. Ellos eran huérfanos de su propia tierra, y andaban perdidos y nada tenían. Por lo demás, cuando se montaban en el macho de tristeza, cualquier día agarraban sus monos y echaban a andar por los cerros. Leguas y leguas. De mineral en mineral. En campamentos de la más espantosa soledad, donde trabajaban sus días hombres herméticos, atenuados de dolores, vividos, con la historia sorda de la

tierra chilena a cuestras. De cantera en cantera. Ellos no iban a pudrirse en un solo lugar, se ahogaban en esa atmósfera cargada de visiones"

N. G.

¿Qué acertada la crítica!
H

CUANDO recién comenzábamos a relacionarnos con los nuevos personeros de la literatura chilena, tuvimos noticias de un movimiento literario llamado "angurrientismo" o "angurrisimo", o lo que, equivalentemente, pero en un sentido espiritual, podría ser "hambrientismo" o "hambrisimo". ¿El jefe de tal movimiento?, Juan Godoy, que por esos días (1938) concursaba en el torneo literario para novela, propiciado por Editorial Zig-Zag y en el que venció Rubén Azocar con "Gente en la Isla", delante del peruano Ciro Alegria, que participó con su novela "Los perros hambrientos". La novela de Juan Godoy "Angurrientos", que dio origen al movimiento literario a que ya nos hemos referido, ocupó en tal concurso un lugar prominente. Era desde luego, un estímulo para quienes formaban filas en la citada corriente literaria. Por esos mismos días y en "Aurora de Chile", la revista de la Alianza de Intelectuales y en "Multitud", el organismo de la familia De Rokha, un ensayo firmado por Juan Godoy que, esencialmente, era como una declaración de principios del movimiento artístico a su cargo: **chilenidad en contenido y en estilo para la obra de arte.** Pudimos deducir, entonces, que el "angurrisimo" nada traía de nuevo a nuestras letras. Y era natural, puesto que ya su sentido se encontraba manifiesto desde el mismo Erechilla, pasando por Núñez de Pineda y Bascuñán, Lastarria, José Joaquín Vallejos, Daniel Riquelme, Joaquín Díaz Garcés, Baldomero Lillo y tantos otros hasta nuestros días, en lo que toque a literatura. El sentimiento de chilenidad, bien o mal expresado, es un hecho en nuestro arte poético, cuentístico y novelístico desde hace ya mucho tiempo.

Aparecida en 1940 la novela "Angurrientos" de Juan Godoy, confesamos que nos hemos debatido furiosamente para descifrar el sello que la propicia: **movimiento de la intuición de la esencia chileno-cultural.** ¿Qué significa esto? Hemos concluido en que es un problema sin solución. Además de los antecedentes y las bases del "angurrientismo", que con toda simpleza se nos había dado, debemos reconocer que la obra de Juan Godoy obedece a una profunda intención interpretativa del pueblo chileno. Al margen del movimiento que la apadrina, "Angurrientos", en médula, sintetiza el espíritu que ha sido siempre la vena única de la realidad literaria chilena: dar acurnia artística a lo nacional.

Novela de "galleros" la de Godoy, no es precisamente la característica que el autor quiere hacer primar en ella la que le proporciona apostura criolla. Es toda la variedad de cosas humanas que afluye a sus páginas la